

ORANDO CON LA PALABRA

(Domingo 3º de Pascua)

“ Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Simón Pedro dice a Tomás..y a dos más: “ Me voy a pescar”. Ellos contestaban: “ Vamos también nosotros contigo”. Salieron y se embarcaron, y aquella noche no pescaron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla, pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: “Muchachos, ¿Tenéis pescado?”. Ellos contestaron: “No”. Él les dice: “ Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis”. La echaron y no tenían fuerzas para sacarla por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: “ Es el Señor”. Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron con la barca...Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: “Traed los peces que acabáis de pescar”. Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: “ Vamos, almorzad”. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar entre los muertos. Después de comer dice Jesús a Simón Pedro:” Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?. Él le contestó: “ Sí , Señor, tú sabes que te quiero”. Jesús le dice: “Apacienta mis corderos”. Por segunda vez le pregunta: “ Simón hijo de Juan ¿me amas?”. Él le contesta: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”. Él le dice: “Pastorea mis ovejas”. Por tercera vez le pregunta: “Simón, hijo de Juan, ¿me quieres”. Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le contestó: “ Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero”. Jesús le dice: “ Apacienta mis ovejas. Te lo aseguro , cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías, pero cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras”. Esto lo dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: “Sígueme”.

(Jn. 21,3 - 19)

La Palabra, en este tiempo pascual, nos va ofreciendo distintos encuentros de Jesús resucitado con sus discípulos. Cada encuentro, en situaciones diferentes, reafirma la experiencia de alegría, de redescubrirse acompañados, fortalecidos por la presencia de Jesús. En este texto de Juan, el encuentro con Jesús se realiza en la orilla, junto al lago. Han salido de noche a pescar y han sacado la red, vacía. Como nosotros, que en muchas ocasiones andamos en tinieblas confiando en nuestras propias fuerzas y al final nos encontramos vacías las manos y el corazón.

Amanece, Jesús se acerca, les dice que vuelvan a echar la red. La echan y sale repleta de peces y de vida. Con Jesús todo puede renacer, toda acción puede ser fecunda, puede transformar nuestro esfuerzo, en vida y esperanza.

Pedro, se echa al agua y va al encuentro de Jesús a reconocerle como amigo y Señor, a compartir su pan y su presencia. Jesús le preguntará tres veces: ¿me amas?. Y conmovido por la explosión de afecto y de fe, le confía una misión: “Apacienta mis ovejas”.

Que bueno sería dejarnos reactivar por la presencia resucitada de Jesús y reencontrarlo como luz que rompe nuestras noches, como aliento que llena de vida y fecundidad nuestras pequeñas tareas, nuestros proyectos a veces, aparentemente estériles.

Que bueno sería “echarnos al agua” como Pedro y repetirle desde el rescoldo humeante de nuestro “ amor primero”, que le amamos. Volveríamos a sentirnos felices con El, en su barca abierta al mar y enviados a compartir futuro y horizonte con nuestros hermanos.

ORACIÓN

Hoy Señor, en silencio,
me siento en la orilla,
junto al lago,
contemplando
cómo miras atento
a tus amigos pescadores.
Te acercas
y, ante su red vacía,
les animas
a seguir pescando,
a aportar su esfuerzo
y a confiar en tu Palabra:
“Echad la red”.

¡Cuántas veces, Señor!
echo las redes,
esperando encontrar,
con mi tesón y mi energía
o con mis fuerzas debilitadas,
si no pesca abundante,
sí, resultados satisfactorios,
y, ¡cuántas veces!
la noche se me hace más noche
y la red vacía
me llena de desesperanza.

Amanece de nuevo, Señor, en mi vida.
Ayúdame a descubrir
que, en cada gesto,
en cada mirada,
en cada palabra,
en cada acción,
en cada servicio que realizo,
estás Tú,
dándole vida y fecundidad,
aunque la noche
no me deje ver los peces.

Que como Pedro,

no tenga miedo
a “echarme al agua”,
a responder con energía,
a no reservarme,
a arriesgar
para encontrarme contigo,
para volver a experimentar
que compartir tu pan y tu presencia
en el almuerzo junto al lago,
reactiva el rescoldo humeante
del “amor primero”.
Que en silencio
y contemplando,
vuelva a repetirme:
“Tú , lo sabes todo,
sabes que te amo”.
Y pueda volver a reafirmar,
con mis muchas o mis pocas fuerzas,
sea cual sea el momento,
el lugar,
la situación personal o colectiva,
que eres el Centro
y el sentido de mi vivir.

Y que el volver a escuchar
tu Palabra: “Sígueme”
suscite en mi
la ilusión y el compromiso
de sentirme enviada.
De nuevo enviada,
con mis achaques
y mis cansancios,
con mis mentiras
y mis silencios,
con mis temores
y mis sueños,
pero querida, reconciliada
agraciada y enviada
a compartir futuro y horizonte
con mis hermanos.
Amén.

(Hna. Oyonarte)

